

Ilusiones, funciones y enigmas del Yo. Algunas reflexiones sobre escritos de Piera Aulagnier (1923-1990)

*Blanca Anguera Domenjó**

Universidad de Barcelona

Resumen

La noción del Yo es compleja y ha sido examinada desde hace mucho tiempo por la filosofía, la literatura, la mística y, naturalmente, también por la psicología. En este trabajo describimos algunos aspectos biográficos de la psicoanalista Piera Aulagnier y estudiamos escritos suyos que tratan sobre esta noción, ya que creemos que son los clínicos y especialmente los que se atreven a sumergirse en el todavía oscuro campo de la psicosis donde el Yo es tan frágil, los que nos pueden aportar reflexiones más hondas sobre la formación del Yo y sus funciones. De todos sus escritos, exploramos concretamente su visión del *Yo condenado a invertir*, a favor de la vida. Piera Aulagnier creía que a través de los interrogantes que plantean las identificaciones se podría entender mejor la complejidad del aparato psíquico y de esa instancia llamada Yo, que va construyendo su propia biografía a través de investiduras en objetos que le proporcionan placer y con los que se identifica. Para esta autora el Yo no es pasivo ni innato, es un constructor historiador que jamás descansa y que está condenado a invertir para toda la vida. Cada Yo, tendrá su experiencia de sufrimiento frente a la pérdida, al rechazo, a la decepción que le impone un objeto todavía investido.

Aulagnier señaló también la estrecha relación que existe entre *sufrimiento y realidad*, ya que esta última impone al psiquismo diversas pruebas de sufrimiento: la realidad del propio cuerpo, la realidad de la autonomía del deseo del otro, la realidad del campo social y la realidad de la muerte. Justamente para hacer frente a esas realidades es tan importante la función de invertir que ejerce el Yo durante la vida.

Palabras clave: Invertir, Yo, representaciones, pensar, sufrir.

* Correspondencia: Dpto. Psicología Básica. Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona. Passeig de la Vall d'Hebrón, 171, 08035 Barcelona. Tel. 93 284 92 93. E-mail: <banguera@ub.edu.cat>.

Abstract

The notion of Ego is a complex one, and it has been for long put under examination by philosophy, by literature, by mystics, and of course by psychology as well. In this paper we are describing some biographical aspects of the psychoanalyst Piera Aulagnier; and we are studying some of her writings that dwell upon that notion. Because we believe that the clinical ones among her papers, and in particular those were the author dares to submerge herself in the as yet obscure field of psychosis, where Ego is so fragile, are the ones that can bring to us the deepest reflections about the formation of Ego and its functions. From the entire author's writings we explore her vision of the *Ego condemned to invest*, in favour of life. Aulagnier believed that through the interrogations that identifications pose the complexity of the psychic apparatus might be understood; and of this instance called Ego, which constructs all along its own biography through investments in objects that bring pleasure to it and with which it gets identified. To Aulagnier the Ego is not passive or innate: it is a historian builder that never rests and is condemned to invest all along its life. Every single Ego will have its own experience of suffering in the face of loss, of rejection, of disappointment that the still invested object imposes to it. Aulagnier stressed too the close relationship that exists between *suffering and reality*, because the second imposes to the psychism different tests of suffering: the reality of one's own body, the reality of the autonomy of desire of the other, the reality of the social field, and the reality of death. And it's just to make face to these realities that it is so much important the function of investment that the Ego exercises along its life-span.

Keywords: Investment, Ego, representations, thinking, suffering.

Ningún Yo está solo. Schrödinger, E. (1998)

La noción del Yo es compleja. La filosofía y la literatura han explorado desde hace mucho tiempo ese tema, sólo basta recordar algunos ejemplos: *Me retrato a mí mismo*, escribía Montaigne hace siglos, o el célebre *Yo es otro* de Rimbaud o el *Yo no existía, yo era otro* de Pessoa; o a Wittgenstein recordándonos que *el Yo es lo más profundamente misterioso* y, más cerca cronológicamente EM Cioran y su libro *Ese maldito Yo* (2004) donde señala: *discernir que lo que tú eres no eres tú, que lo que tienes no es tuyo*. También los pensadores de Oriente han dedicado profundas reflexiones al Yo, desde el budismo y toda su sutil meditación de lo mental, hasta escritores contemporáneos. Asimismo, la tradición mística, antigua y moderna, ha explorado esa noción y la joven Simone Weil, poco antes de morir, escribió en su texto titulado *El Yo: todo cuanto en mí es valioso procede sin excepción de más allá de mí, y viene, no como don, sino como préstamo que debe ser renovado sin cesar* (Weil, 2007, p. 79). Esta idea de que el Yo es una conglomeración de aspectos de Otros se repite y la vida cotidiana nos muestra a veces que, a pesar de todas nuestras ilusiones y defensas acérrimas de nuestro querido y tan mimado Yo, éste es a veces muy enigmático ya que el mismísimo documento de identidad dice más de los Otros (aquellos que nos dan la vida, el nombre, el lugar de nacimiento, etc.) que de nuestra mismidad.

Naturalmente, algunos modelos psicológicos también han investigado esa noción y, sin duda el modelo que más páginas ha dedicado a explorar los misterios del Yo y de su construcción ha sido el modelo psicoanalítico, empezando por su fundador que, después de construir dos teorías de la personalidad con distintas reflexiones sobre el Yo escribió, en un texto tardío dedicado a la cultura, esa frase sonora de los inicios del yo: *En un comienzo el yo lo incluye todo, luego desprende de sí un mundo exterior* (Freud, 1930, p. 3019). La paradoja hace pensar, más allá del egocentrismo y narcisismo de la criatura humana.

En la indagación sobre el Yo desde la perspectiva psicoanalítica, nos interesa acercarnos a algunas ideas de Piera Aulagnier (1923-1990) porque creemos que son los clínicos y especialmente los que se atreven a sumergirse en el todavía oscuro campo de la psicosis donde el Yo es tan frágil, los que nos pueden aportar reflexiones más hondas sobre esa noción.

VIDA Y OBRA DE PIERA AULAGNIER(1923-1990)

Fue médica, psiquiatra y psicoanalista. Nació en Milán en 1923 y su nombre fue Piera Spairani. Sus primeros años los vivió en Egipto y luego volvió a Italia donde estudió medicina en Roma. Después de la II Guerra Mundial se fue a París y se casó con su primer marido, M. Aulagnier de quien mantuvo el apellido. De esa relación tuvo un hijo, Claude Aulagnier, que actualmente es psiquiatra. Años después se separó y se casó con Cornelius Castodiaris (1922-1997) filósofo, escritor y el principal inspirador de la revista *Socialismo o Barbarie* durante los años cincuenta y sesenta y más tarde, psicoanalista.

En su trabajo clínico P. Aulagnier se dedicó fundamentalmente a trabajar con pacientes psicóticos. Entre 1955 y 1961 realizó su primer análisis con J. Lacan de quien fue también discípula y participó con él en la fundación de la École Freudienne de Paris (EFP) que abandonó en 1968, por su desacuerdo sobre la formación de analistas y por no aceptar la concepción jerárquica de aquella institución.

Al año siguiente creó con F. Terrier y J. P. Valabrega el Cuarto Grupo, que se declaró independiente tanto de la IPA como de la ortodoxia lacaniana. A partir de 1962 impartió un «Seminario Abierto» en el hospital Sainte-Anne. Es fundadora y co-directora (con J. Clavreul) de la Revista *L'Inconscient* desde 1964 hasta 1969. Después fundó y dirigió la revista *Topique* desde 1969 hasta su muerte. En los trabajos publicados se puede observar su respeto por el pensamiento libre más allá de las instituciones, su capacidad clínica y la intensidad de su reflexión teórica. Su segundo análisis fue con Serge Viderman.

En sus artículos, libros y en las conferencias que impartió en diversas partes del mundo, puso en marcha un pensamiento especialmente antidogmático y una elaboración constante de su experiencia clínica que es la que generaba su construcción teórica.

Una aproximación a sus trabajos permite observar tres periodos: 1961-1968 con trabajos sobre la identificación, la perversión y la psicosis en los que se observa la influencia lacaniana.

El segundo periodo abarca de 1969 hasta 1975 tiempo en que escribe artículos polémicos sobre la teoría y la técnica psicoanalítica llegando hasta su primer libro *La violencia de la interpretación* (1975), donde muestra las bases para una nueva metapsicología de la representación,

abre otra manera de pensar al sujeto y su relación con los otros, mostrándose más cercana al pensamiento de Freud de sus últimos escritos. Reformula algunos conceptos que se relacionan con la historia, la ciencia y la cultura y con ese primer libro inaugura su tercera y última etapa que desarrolla de 1976 hasta 1990. En esta tercera etapa publicó dos libros más, *Los destinos del placer. Alienación-amor-pasión (1979)* y *El aprendiz de historiador y el maestro brujo (1984)*. Observando los tres periodos de su obra se extiende un panorama acerca de la problemática de las identificaciones y sus conflictos. Son en definitiva trabajos que exploran eso tan sutil que llamamos subjetividad, ya que los interrogantes que plantean las identificaciones posibilitan comprender mejor la complejidad del Yo. En sus últimos escritos se observa proximidad teórica con autores británicos como Winnicott, Francis Tustin y D. Meltzer.

Murió en 1990, a la edad de 66 años, en el Hospital Foch de Suresnes. Pero la energía y esfuerzo que dedicó esta mujer a su trabajo teórico y clínico, la fundación de un nuevo grupo de psicoanálisis en Francia, la creación y dirección de dos revistas especializadas en este campo, sus libros, artículos y las conferencias que impartió en diversos países del mundo, dejan una huella profunda en la historia del psicoanálisis postfreudiano.

EL YO CONDENADO A INVESTIR

Los límites de este trabajo hacen imposible detallar toda la riqueza de sus ideas sobre la configuración y las diversas funciones del Yo, pero cualquier lector interesado puede estudiarlo acudiendo a sus textos. Aquí sólo describiremos una de las funciones vitales del Yo que estudió P. Aulagnier: *el Yo condenado a invertir*, a favor de la vida.

Su experiencia clínica la motivó a intentar esclarecer las condiciones necesarias para que el Yo pueda existir y ejercer sus funciones. Creía que a través de los interrogantes que plantean las identificaciones se podría entender mejor la complejidad del aparato psíquico del cual el Yo cree ser el único que lo habita, y defiende esa *ilusión* a capa y espada.

Para ella, el Yo va construyendo su propia biografía a través de investiduras en objetos que le proporcionan placer y con los que se identifica. Esta historia no será cerrada y acabada sino que exigirá periódicamente cambios de una parte de sus párrafos, hará necesaria la desaparición de algunos y la invención de otros para llegar a una versión que el sujeto cree definitiva pero que debe permanecer abierta para ese trabajo de reconstrucción.

Para Aulagnier el Yo no es pasivo ni innato, es una instancia que tiene una relación directa con el discurso materno ya que eso que dice la madre tiene un carácter identificador, promueve el advenimiento del Yo en la escena psíquica. Para poder constituirse, el pequeño Yo necesita hacer suyos los enunciados que la madre le ofrece. Las representaciones que construye de sí mismo tienen como referencia las imágenes que le brindan los otros, pero también su propia imagen. De los deseos, el contacto y el lenguaje de los padres construirá aspectos yoicos con carga narcisista, otros serán rechazados y otros indiferentes. Ese proceso identificatorio nunca termina, pero va marcando hitos que permiten que esta construcción del Yo, aunque inacabada, pueda contener angustias sin demasiados desequilibrios.

La vida psíquica se inicia con una relación:

en el momento en que la boca encuentra el pecho, encuentra y traga un primer sorbo del mundo. Afecto, sentido y cultura, están copresentes y son responsables del gusto de esas primeras moléculas de leche que toma el infans: el aporte alimenticio se acompaña siempre con la absorción de un alimento psíquico que la madre interpretará como absorción de una oferta de sentido (Aulagnier, 2001, p. 39).

A partir de esa primera relación asimétrica, son necesarias unas condiciones para ofrecer al nuevo Yo un hábitat conforme a sus exigencias. Y dada la importancia de la función materna, aclarará qué características se le suponen a la *madre*:

a) una represión exitosa de su propia sexualidad infantil; *b)* un sentimiento de amor hacia el bebé; *c)* su acuerdo esencial con lo que el discurso cultural del medio al que pertenece dice acerca de la función materna; y *d)* la presencia junto a ella de un padre del niño, por quien tiene sentimientos fundamentalmente positivos (Aulagnier, 2001, p. 118).

La música y el discurso de la madre en la estructuración de la nueva psique son fundamentales, porque su voz comenta, predice, acuna y representa el mundo social exterior. Esa voz, con toda su carga emocional, da significados a todo lo que sucede en el entorno del bebé y a las necesidades del cuerpo y de la mente del recién nacido.

Para el psiquismo del bebé, esa primera relación implica una *representación* de lo experimentado, cargado de una *investidura* porque le ha proporcionado *placer*. Es decir que esta «primera intrincación entre representación, investidura y placer se preservará durante el transcurso de toda la existencia» (Aulagnier, 1984, p. 285). A lo largo de la vida, a pesar de mil estrategias y defensas que utilizará el Yo, el placer seguirá siendo la motivación esencial de todo movimiento de investidura, por eso, en el libro *Los destinos del placer* (1980) escribió que «la esperanza de vida» podría formularse en términos de «esperanza de placer». En cambio, el sufrimiento siempre provocará un movimiento de retiro, de desinvestidura, un «deseo de no deseo» frente al otro conjunto pulsional de «un deseo de placer».

Este trabajo de invertir compete al Yo que queda marcado por este veredicto: *Estás condenado por y para toda la vida a una puesta en pensamientos y en sentido de tu propio espacio corporal, de los objetos-meta de tus deseos, de esta realidad con la que deberás cohabitar, que les asegure para siempre permanecer como soportes privilegiados de tus investiduras.* (Ídem)

La función vital del Yo será oponerse al retiro, a la huida, aunque experimente que todo lo que ha investido – el propio cuerpo, los objetos amados con deseos autónomos y a veces antagónicos al suyo-, será periódica e inevitablemente fuente de dolor, provocando por tanto un deseo de fuga. El trabajo crucial del Yo para conservarse vivo será oponerse a ese deseo y establecer nuevas representaciones psíquicas y nuevas investiduras. ¿Cómo hacerlo? Para lograrlo el Yo *pensará* su vivencia intentando realizar un enlace entre el sufrimiento y una *causa* que éste Yo se niega a invertir, puesto que no puede referirla a ningún deseo.

Pensar, invertir, sufrir: los dos primeros verbos designan las dos funciones sin las cuales el Yo no podría advenir ni preservar su lugar sobre la escena psíquica; el tercero, el precio que deberá pagar para lograrlo (Aulagnier, 1984, p. 286).

El precio en sufrimiento de cada Yo tendrá mucho que ver con el *afecto* y el *sentido* de ese sujeto en concreto, porque cada Yo, biógrafo de su historia de representaciones e investiduras, tendrá su experiencia de sufrimiento frente a la pérdida, al rechazo, a la decepción que le impone un objeto *todavía investido*, ya sea ese objeto el otro o una cualidad de su propio cuerpo, de su propia psique, porque «todo sufrimiento va acompañado de la investidura de aquello por lo que se sufre» (Ídem, p. 290). Justamente el término *afecto* «mide» la cualidad de la investidura de la que gozarán las representaciones de ese Yo concreto.

Existe, además, una relación estrecha y desde el inicio entre *sufrimiento* y *realidad*. Esta última impone a la psique *pruebas* de sufrimiento: la realidad del propio cuerpo, que nadie puede proteger omnipotentemente de heridas y/o enfermedades; la realidad de la autonomía del deseo del otro, que puede rechazar las demandas del sujeto, la realidad del campo social que sólo puede preservarse si los que lo habitan han interiorizado un cierto número de prohibiciones y finalmente, la realidad de la muerte.

Sea cual sea la fuente –corporal, relacional– todo dolor es también sufrimiento psíquico, «como si con el dolor, el cuerpo se mutase en psique y la psique en cuerpo» (Ídem, p. 299). En su inicio, el ser humano no puede diferenciar el sufrimiento orgánico del psíquico y el llanto del bebé expresa, como puede, la presencia del sufrimiento vivido.

Pero al desarrollarse, el Yo *pensante* tiene el poder, –frente a la gravedad de la pérdida, de la herida, del rechazo–, de alumbrar otros centros de interés, otras experiencias, otras relaciones, deseos y sueños que permitan nuevas investiduras y nuevo placer. *Eros* tiene también una capacidad de combatir extraordinaria.

Para nuestra autora, «el Yo no es nada más que el saber del Yo sobre el Yo» (Aulagnier, 2001, p. 168) lo que significa asegurar al Yo un cierto saber sobre su pasado y su futuro, y poder así responder al interrogante ¿Quién soy yo? mediante la autoconstrucción continua de una imagen propia reivindicada como bien inalienable y no como ente forjado por el deseo exclusivo de otro Yo. Además, entre el Yo y su proyecto personal, debe persistir siempre un espacio, una carencia en relación a lo que anhela llegar a ser ese Yo. Entre el Yo futuro y el Yo actual debe persistir una diferencia, un espacio de esperanza entre el Yo y su ideal. El Yo es pues para ella un constructor historiador que jamás descansa y que está *condenado a investir para toda la vida*.

Aulagnier siempre mantuvo espacio para el «no sé», palabras sencillas pero centrales para continuar investigando. En una entrevista expresó:

Ningún analista que conozca todo lo posible a una pareja que ha tenido un hijo, supongamos que los hubiera analizado y conociera sus problemas, sus fantasías, sus conflictos, etc. etc. podría concluir: ya que la pareja funciona así, el niño será así. Eso es el tipo de causalidad estrictamente imposible (Hornstein, L. p. 4).

Qué lejos están esas palabras de las supuestas certezas de Watson en su celebre frase: *Denme una docena de niños sanos... y les aseguro que yo, tomando a cualquiera de ellos al azar, le adiestraré para convertirse en cualquier clase de profesional*. Desde 1930, cuando Watson las escribió, ha llovido mucho y gracias a trabajos como los de P. Aulagnier tenemos, a lo sumo, algunas probabilidades, pero no certezas. Tal como ella lo expresó:

Se puede decir que a partir de una cierta relación en la pareja, de lo que va representar el niño en la pareja y para cada uno de los padres, a partir de la historia que precede –y sostiene– al deseo de tener un niño en cada uno, el analista puede decir que hay grandes posibilidades de que el niño tienda a construir una defensa psicótica, neurótica o somática. Felizmente hay un margen para lo impredecible en el funcionamiento psíquico (Ídem).

Sí, felizmente no somos robots y el Yo de cada sujeto aún guarda muchos misterios.

Referencias

- Aulagnier, P. (1980). *Les Destins du plaisir*. París: PUF.
- Aulagnier, P. (2001). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1984). Condenado a invertir. *Revista de Psicoanálisis*. 2/3, 283-306.
- Cioran, E. M. (2004). *Ese maldito Yo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. O.C. Vol. VIII, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Hornstein, L. (2002). Diálogo con Piera Aulagnier. Obtenido en <<http://www.antroposmoderno.com>>.
- Schrödinger, E. (1998). *Mi concepción del mundo*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Watson, J. B. (1930). *Behaviorism*. New York: Norton.
- Weil, S. (2007). *La gravedad y la gracia*. Madrid: Editorial Trotta.